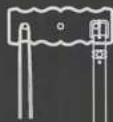




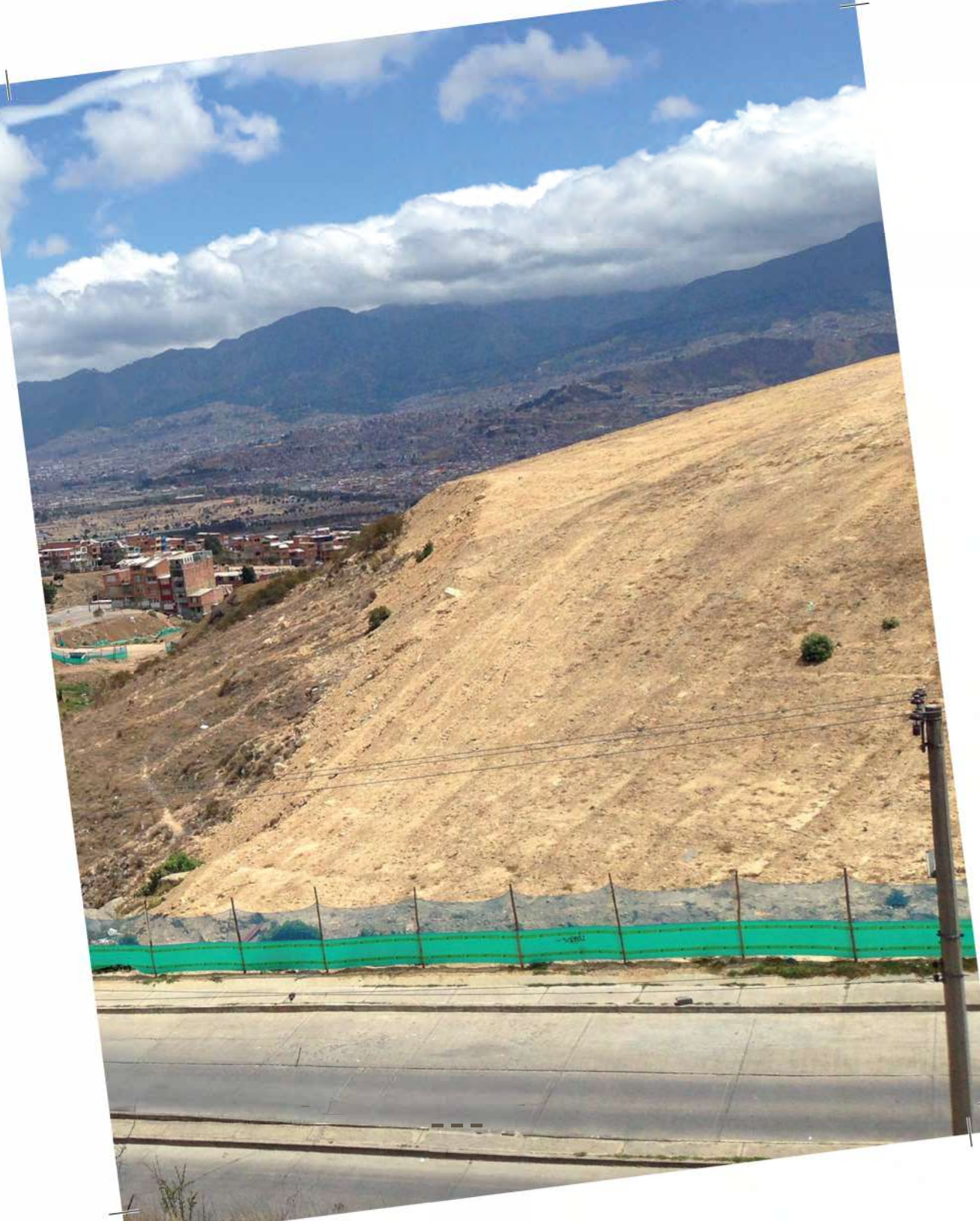
Lorenzo
Morales
Regueros

Vida en
Bogotá

Prólogo de Ricardo Silva Romero











ADENTRO

Vida en Bogotá

Lorenzo Morales Regueros

Prólogo de Ricardo Silva Romero

De puertas para adentro 10

Ricardo Silva Romero

Sobre este libro 16

0,7 m² —

Los astronautas 22

3 m² —

El caracol 30

8 m² —

**La Estrella
Blanca** 38

16 m² —

Rey de copas 46

21 m² —

**El hojarasquín
del monte** 54

25 m² —

Solo Mario 62

36 m² —

**Invasores
del espacio** 70

41 m² —

**Tres son
compañía** 80

51 m² —

Sin vista al mar 92

61 m² —

Casa azul 102

66 m² —

Hermanas 112

75 m² —

Espejos 120

90 m² —

**La Mona
Itinerario** 130

111 m² —

Aguas oscuras 140

130 m² ———		232 m² ———	
El alquimista	150	Los desterrados	222
133 m² ———		252 m² ———	
Los náufragos	162	El Rubí	232
143 m² ———		270 m² ———	
Soldado de		Casa tomada	244
Marquetalia	172	280 m² ———	
171 m² ———		Casa en el bosque	252
Casa de muñecas	182	284 m² ———	
183 m² ———		En el diván	262
El radar	190	350 m² ———	
200 m² ———		La huertana	270
Los doce apóstoles	200	500 m² ———	
218 m² ———		Vida loca	278
La frontera	210		
		Agradecimientos	292
		Epílogo de la	
		presente edición	296





De puertas para adentro

RICARDO SILVA ROMERO

Si yo tuviera que confiarle a algún periodista mi casa, si yo me viera obligado a escoger una persona para que contara mi apartamento, como un museo de mi familia, mientras yo no estoy, ese periodista sería —esa persona sería— Lorenzo Morales. Ya lo sabía antes de leerme estas crónicas de una sola sentada. Pero no me cabe la menor duda ahora de que he confirmado su cuidado, su respeto, su compasión a la hora de acercarse a cómo ocupa cada quien su propio espacio. Resulta fácil verificar que la mayor parte de la vida sucede de puertas para adentro: en el barrio, en el edificio, en el apartamento, en la habitación, en el cuerpo. Y Morales ha sabido tanto describir como dar voz a la experiencia de un puñado de bogotanos transformados, mudados, por sus propios espacios.

Déjeme advertirle, lector de este bestiario de hombres y de mujeres a punto de hacer las paces con sus refugios, que hacia el cuarto o quinto perfil va usted a empezar a leer con la sospecha —con la convicción quizás— de que se viene a la Tierra a ser inquilino: a habitar.

Se habita el propio cuerpo, primero, aunque pueda irse la vida sin creer en aquello de que hay algo invisible allá adentro. Se ocupa después la esquina de uno: la cuna, la cama, el cuarto, el cubículo, la cabina de cada quien. Se asumen, desde las ventanas o desde los umbrales, los horizontes que nos han tocado en suerte. Se vive detrás de la respuesta a la pregunta “quién soy”, pero sobre todo se piensa qué se está haciendo aquí: en este lugar que es un planeta y un espacio y un país y una ciudad y un rincón. Se busca un sitio propio.

Y cuando se consigue, si es que se consigue, se vuelve a la sensación de que sobre todo se está ocupando el cuerpo, de que, según lo que uno crea, morir puede ser desaparecer o librarse de prisiones: vivir por fin de puertas para afuera.

El señor Zamudio, flaco, en pijama, recién operado de un riñón, se asoma a su puerta en una casa del barrio Las Villas: “Yo vivo aquí en mi casa, aunque no sea mi casa, ¿cierto?”, reflexiona, “tengo todo pero no tengo nada” porque se dejó arrastrar por la corriente de los vicios. El señor Henao, rozagante como un actor de tiempos mejores, se sienta en su pieza del barrio Las Aguas: “Esto como que lo van a tumbar”, piensa en voz alta. El señor Arrázola, de punta en blanco, vive en un apartamento de veinticinco metros cuadrados improvisado en la vieja lavandería del edificio chapineruno que fue de su familia: “No me ha hecho falta más espacio”, explica, “así no puedo meter mugre”. Y así, en el fascinante y envolvente recorrido de Morales, está claro que los viejos viven en el panorama de la soledad, en la

nostalgia, en el relato triste y humorístico del pasado, en la infinitud que queda adentro.

Entre más se van agrandando los espacios que visita este libro, 36, 41, 61, 75, 90 metros cuadrados, más se van volviendo sus textos historias de familia. Entre menos están solos los protagonistas, entre menos se ven forzados a encontrar las perspectivas y los puntos de fuga dentro de sus recuerdos y sus conjeturas y sus imaginaciones, menos se trata sobre sus arrepentimientos y más sobre sus planes y sus rutinas: “A los hijos hay que educarlos con un poquito de frío y un poquito de hambre”, “Yo me la paso es viendo películas en el celular”, “Me puede matar el policía, el cliente, el taxista, el de la olla o hasta otra chica trans”, “No me gusta estar sola”, puede leerse en las páginas siguientes, y es claro que Morales está retratando con cuidado a sus personajes porque también —de paso— está haciendo una reivindicación del individuo.

Por supuesto, como profesor y como hombre de teoría, Morales está interesado en comprobar con sus propios ojos lo que ya se sabe, lo que se supone, desde el modo en que los espacios afectan a las personas hasta lo brutal que puede ser Bogotá con aquellos que han tenido que padecerla como una cárcel. Pero como periodista está completamente entregado al ejercicio de hallar, al arte de ir descubriendo, al oficio de dar con puertos que no se tenían en mente cuando empezaron las andanzas. Por el camino de sus crónicas, que van haciendo su propio mapa de la ciudad, da con aficionados a Elvis Presley, coleccionistas de zapatos, familias completas que duermen en la misma cama, padres que siguen pensando en el paradero de sus hijos, veteranos de guerra. Se le ve la sorpresa.

De cierto modo, Morales se ha dedicado a responderse a sí mismo la pregunta por qué habrá detrás de esas fachadas.

Se trata, en realidad, de la pregunta por quiénes serán los protagonistas de esos espacios, quiénes serán los personajes que hacen lo mejor que pueden para ser superiores a sus espacios, pero más temprano que tarde terminan sometiendo a sus reglas. Suele hablarse de “la gente”, “la ciudadanía”, “el pueblo”, “el electorado”, “la nación”, con la ilusión de que sea evidente que a pesar de todo estamos unidos de manera honda e inevitable —y con la esperanza, aquí en Colombia, de que por fin se acabe la violencia—, pero quizás sea más efectivo esto de ir barrio por barrio, casa por casa, habitación por habitación, persona por persona, para que tengamos claro de qué estamos hablando cuando hablamos de “la sociedad” o de “el país”.

Cada quien es un drama. Cada quien pone su vida en escena, sobre un espacio, desde que entiende que vivir es emprender una carrera contra el tiempo. Cada cual hace lo mejor que puede por interpretar su papel.

Si yo hubiera hecho parte del grupo de personas que aparecen en este volumen, si yo hubiera tenido que confiarle a un narrador mi intimidad, mi habitación, mis cosas, mis cuadros, mis *souvenirs* de la vida, habría sido feliz de que Lorenzo Morales fuera el retratista. Tengo ventaja: sé, porque nos hemos pasado la vida coincidiendo, que Morales es pausado, noble, minucioso, decente, agudo e inflexible en su disposición a no dejarse avasallar por el día a día del periodismo. Desde hace años ya, Morales se ha dedicado a un periodismo que reflexiona —a un periodismo con el ritmo y con la compasión de la literatura— porque se ha dedicado a dar noticias de última hora de lo humano. Y tengo clarísimo que en sus manos está a salvo la belleza que se da en cada vida.

Se ve, cuando se pasan las hojas de este libro, que visitó estos lugares tan únicos acompañado de fotógrafos extraordinarios con su mismo carácter, su mismo temperamento de hombre bueno. Se nota

que además de estar logrando lo que logra un reportero de prensa de los de antes, desde mostrar las condiciones espinosas en las que viven tantas personas aquí en Bogotá hasta documentar esta ciudad que pasa tan rápido y no cesa, consigue lo que pretenden los novelistas de todas las índoles: celebrar lo humano, dignificar la experiencia en la Tierra, recordar que cuando se trata de personas lo que vemos es tan importante como lo invisible. Yo no sé qué habría hecho, mejor dicho, si no hubiera tenido la oportunidad de escribir este prólogo. Quién sabe qué me habría inventado para darle las gracias a Morales por haber retratado a cada quien con su misterio.





Sobre este libro

LORENZO MORALES REGUEROS

I've been around the world several times
and now only banality still interests me.

Chris Marker, *Sans soleil*

¿Qué puede contar de nosotros el lugar que habitamos? ¿Qué guardamos en un cajón junto a la cama que un día, sin saberlo, podrá revelar lo que fuimos? ¿Qué se ha impregnado de nosotros en la pintura de las paredes y en las alfombras gastadas de nuestra casa? ¿Qué historias incompletas regalamos a la calle o a los vecinos cuando en las noches encendemos una luz tenue junto a una ventana sin cortinas para sentarnos a comer y repasar, solos o acompañados, nuestro día? ¿De qué nos deshacemos cuando tiramos a la basura unos zapatos gastados, un recibo viejo o una nota sin respuesta? ¿Qué estamos atesorando cuando le damos un segundo giro de llave a la puerta de la casa?

Este libro es el resultado de muchas horas que pasé visitando casas, familias y personas de Bogotá. Quería auscultar lo que habita detrás de esos muros altos, o de esos antejardines espinosos, de esas rejas y esos candados, tras esas puertas solitarias y antiguas o al traspasar esas vistosas recepciones con guardias armados. “En todas las

almas, como en todas las casas, además de fachada, hay un interior escondido”, dijo Raul Brandão en una cita que José Saramago usó como epígrafe a una de sus novelas. Quise entrar y recorrer ese adentro oculto, invisible desde el afuera de la calle.

Trabajé con cuatro fotógrafos que me acompañaron en cada visita. De cada familia y cada casa ellos hicieron el retrato con su lente, yo lo hice con mis palabras. Cada fotógrafo aportó su mirada, siempre única: algunos son reporteros con un declive artístico, otros son artistas con una mirada documental. Fue un experimento para combinar las armas de cada uno, imagen y palabra, en un intento por palpar la vida de los otros que habitan esta ciudad.

“El vecino está muy cerca sin proximidad; está lejos al alcance de la mano o de la voz. Entre nosotros parpadea un débil intercambio de signos, una correspondencia imperceptible y aleatoria”, decía Jean-Luc Nancy en un magistral ensayo sobre las ciudades. Así que estiramos la mano y usamos la voz para aproximarnos. Golpeamos en las puertas y nos presentamos siempre como lo que somos: reporteros, fotógrafos. Sin reparos confesamos ser fisgones profesionales: nos hicimos invitar, tomamos café y comimos galletas, pedimos que nos pasearan por habitaciones, cocinas, baños y salones, que nos contaran quiénes eran los habitantes de esas casas. Y así terminamos convertidos en “apartamenteros” de historias: tomamos de forma honrada lo que no era nuestro, la vida de los otros, sin forzar las cerraduras ni revolver armarios. Como periodista, nunca dejaré

de abrumarme la generosidad de la gente. Alguien me dijo una vez que, aunque no parezca, todos queremos que alguien nos escuche, vivimos ansiosos de que alguien se acerque algún día a preguntar por nuestro “interior escondido”.

El resultado es esta “instantánea” de cómo se vive en Bogotá. Como toda foto, congela algo que se desvanece en el tiempo. No hay aquí ninguna verdad académica, y menos la pretensión de presentar una teoría. Aquí hay solo pedazos de vidas presentes y de casas en pie, recogidos y ordenados uno a uno con paciencia arqueológica. ¿Cómo más se puede contar una ciudad de casi ocho millones de individuos? ¿Cómo ser exhaustivo en una ciudad tan grande que, al mismo tiempo, en un sector llueve torrencialmente y en otro hace un sol esplendoroso? Ante esa monstruosa geografía opté por el infalible método del que está perdido: la improvisación. Abrí un mapa de la ciudad y puse un dedo. Fuimos. Puse otro. Fuimos. Después alguien me contó una historia que tenía que ver con una casa particular o un personaje curioso. Lo mismo: fuimos, golpeamos, entramos. Y así, acabamos jugando a los dardos en un inmenso tablero de calles y carreras. Quisimos que hubiera una historia de cada localidad, pero nos derroto la lógica del juego: apuntas al blanco y si pegas cerca te das por bien servido.

Este libro fue hecho a pedazos, como un álbum. La primera visita se hizo el 3 de enero del 2016; la última, el 23 de enero del 2020. Nunca tuve el tiempo necesario para entregarme de corrido a estos viajes intraurbanos. Al principio me pareció una falla reprochable, pero ahora pienso que fue mejor asumirlo sin la urgencia de quien tiene que entregar un encargo. Tal vez por eso cada texto es diferente —en su tono, en su voz—, casi como si lo hubieran escrito distintas personas, otros yo. Durante esos casi cuatro años la ciudad (como el autor)

ha cambiado, es su naturaleza. Algunas casas ya no existen, se cayeron o las tumbaron; algunas personas que las habitaron tampoco, murieron, desaparecieron o ya no contestan el teléfono.

Cada historia era una prueba más de lo única y mayúscula que es la vida de cada habitante, y a la vez de lo minúscula que resulta entre el ruido cotidiano de tantas vidas simultáneas que se cruzan y se rozan. Ser testigos de esa dualidad insalvable nos enfrentaba a la dificultad para ponerle un punto final al proyecto: cada testimonio abría la posibilidad de otro, cada casa era la puerta hacia la de al lado (o la de arriba o la de abajo), pero cada encuentro, cada barrio o calle visitada implicaba tener que correr lejos, a otro lado, en un esfuerzo siempre vano por cubrir la ciudad entera.

A veces pienso en todas estas personas que visité —Rubén, Auder, Elvira, Gustavo, Lulú, Hilda, etc.—, desconocidos entre sí, que terminaron por obra de este libro convertidos en vecinos de un lugar a la vez real e imaginario, viviendo estrechamente unos junto a otros, próximos pero lejanos, separados y unidos por la costura de estas páginas. Este libro es, digamos, un nuevo barrio.





Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son solo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos.

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*





0,7 m²

Los astronautas

FOTOS: MIGUEL WINOGRAD



Área: 0,7 m²

Localidad: **La Candelaria**

Barrio: **Bosque Izquierdo**

Número de habitantes: 2

Llueve. Ellos están en medio de un lote que parece abandonado y su casa es como una cabina de teléfono extraviada en un cielo estrellado. Habitan una estructura de latón a prueba del tiempo. Digo “habitan” porque viven allí más de doce horas al día, más tiempo del que pasan en cualquier otro lugar del planeta, incluso en ese lugar lejano al que llaman casa.

Se podría decir que aquí moran en la nada, una nada prestada por un propietario anónimo. El espacio que los rodea es un vacío de maleza donde brota la flora vigorosa de los lugares de la ciudad que aún no existen, retazos de naturaleza. Hay cardos espinosos, zarzillos, borracheros y un manto de una voraz enredadera de flores naranjas refulgentes con un hoyo negro e insondable en el centro. Le dicen Susanita, pero su nombre científico parece puesto por un astrónomo que bautiza una galaxia: *Thunbergia alata*. Muy despacio, ha ido envolviendo todo en una nebulosa verde-naranja que se expande fuera del control humano. Edwin —introvertido y con un

ojo extraviado— y Ramón —conversador y desconfiado— tienen la misión de vigilar este lote vacío, rodeado de casas que le dan la espalda, y que es como una especie de foso ingrátido que en vez de tragarse la materia la expulsa: montículos de arena, tarros inservibles de pintura, una mesa de madera, envolturas de galletas, pedazos de cosas, basura cósmica.

Esa vegetación que ha ido explayándose silenciosa y paulatinamente como una mancha viscosa cubre una geología antigua que todavía se adivina bajo algunos parches de pasto. Son las ruinas informes de una construcción que fue demolida a mazo un día que alguien decidió que en esa parcela de espacio había que extirpar el pasado y abrirle campo al incierto pero prometedor futuro. De ese colapso queda el registro de los escombros: trozos de vigas y desagües, hierros retorcidos, astillas, baldosas rotas, partículas de polvo. El que se anime a explorar los confines del terreno encontrará las bases de un muro, el piso agrietado de algo que pudo ser un garaje, una cocina o un patio para secar la ropa. Allí, dos rocas abandonadas que parecen asteroides sirven de asiento y rememoran un fuego extinto de cazadores que ahora cocinan con microondas.

La cápsula, en su viaje estático, soporta los jalones de la gravedad y el desgaste implacable del tiempo que la convertirán, tarde o temprano, en un desecho más que agregar a este interminable entierro. A ese destino trágico contribuyen las tormentas de polvo que la abrazan como lija por los cuatro puntos cardinales; los aguaceros cada vez

más ácidos; la radiación ultravioleta, intensa en estas coordenadas; las descargas eléctricas y sus truenos tardíos que hacen vibrar una ventana rota.

El fuselaje por ahora ha resistido, pero el revestimiento se ha ido ajando. Ambos, Edwin y Ramón, han hecho lo que pueden por mantenerlo a salvo. El techo de zinc fue reforzado con el retazo de un anuncio de apartamentos en venta o un espectáculo de danza. Al detectar una ligera inclinación de la estructura, la nivelaron con la tabla abandonada de un andamio. Un bloque de ladrillo cuelga de una pita atada a una segunda cubierta plástica, de manera que la aceleración del viento no la arranque.

Si hace buen clima, la cabina puede expandirse. Hay un butaco de madera que se pone a un lado y, frente a la puerta, una estiba de tablas funciona como pequeño balcón e improvisado trampolín al vacío.

La fachada ha sufrido accidentes. Una noche un ser de otro planeta, con los ojos desorbitados por el alcohol o el bazuco, lanzó un piedrón que atravesó el vidrio como un meteoro ardiendo y lo hizo estallar en diminutos cristales que se desparramaron como estrellas titilantes en el pasto. Ramón dijo que fue un ñero. La ventana sigue rota y para que no se cuele el aire gélido de la atmósfera la cubrieron con un cartón de bebidas lácteas.

Otros orificios que ponen en peligro la integridad de la cabina los han tapado con una aleación de trozos de poliestireno, lonas sucias, retazos de alfombras abandonadas, láminas acrílicas agarradas con alambres y un fieltro blanco. Porque lo más duro de habitar esta estación de observación y vigilancia de la nada no es el silencio, sino el frío.

Para instalarse en el diminuto recinto hay que entrar de lado, girar y dejarse caer, como el artillero de un vehículo blindado. No hay otra posición ni forma de existir adentro. ¿Pero quién quiere

estar afuera ahora que —como dice Edwin— está “paramando”? De los cerros bajan, en efecto, ráfagas de viento con minúsculas gotas de agua. Los meteorólogos las llaman, en un exabrupto poético, “lluvia horizontal”.

Dentro de la cabina toda fisura o recoveco, por pequeño que sea, es útil y las cosas tienen un lugar preciso asignado. El morral hay que empujarlo debajo de la silla de plástico, un clavo en U sostiene la chaqueta; otro, la linterna y unas tijeras. En un compartimento estrecho, justo debajo del techo, hay una Biblia, una segueta y una bitácora de vigilante con las minutas del tedio en horas, minutos y segundos. Contra las presencias no identificadas está, recostada en una esquina, la escopeta de un tiro y dos cartuchos verdes calibre 20.

Desde adentro, la cápsula ofrece una vista radial del lote y de sus extramuros distantes. Hacia el suroccidente, por la ventana quebrada, se ve la inconclusa torre Bacatá, estirada como una antena telescópica. Unos grados al norte, la torre Colpatria, torre-pantalla-faro de cuarenta mil diodos brillantes. En el cenit, la aguja mística de la iglesia de Monserrate. En el nadir, los pies fríos en un par de botas de trabajo. Todo parece suspendido y congelado, excepto por los vehículos que ruedan a toda velocidad por un puente curvo que surca la calle 26, como si estuvieran deslizándose por los anillos de un planeta, y dejan con sus luces traseras una estela roja y fogosa que parece la cola ardiente de un cometa.

En la cápsula el tiempo libre es el único recurso abundante. Para contrarrestarlo, Edwin hace dibujos en un cuaderno y oye música en su teléfono móvil. Ramón resuelve sopas de letras y de vez en cuando juega con una coca roja que cuelga junto a la linterna. Pero casi siempre solo están ahí, esperando. A veces ocurre algo que altera la monótona misión de vigilancia: un choque en el puente, el paso de una

manifestación de estudiantes, un intento de atraco o un loco aproximándose con una piedra en la mano.

Cuando se animan, sus rondas nocturnas son minúsculos paseos por un sendero irregular que lleva a un pequeño promontorio. Deben ponerse el traje a prueba de la intemperie: los guantes, el pasamontañas de lana para proteger el rostro y la chaqueta gruesa y acolchada con el apellido bordado en el pecho y en el brazo izquierdo el escudo de la empresa, bandera de un país que no existe. Es una excursión peculiar en una luna helada, un paso grande para ellos, un paso insignificante para la humanidad. Pero están preparados: cargan termos con chocolate caliente, Edwin usa doble chaqueta, Ramón lleva un buzo de lana de oveja debajo de la camisa del uniforme. Por eso ya no alcanza a abotonarse el ojal del cuello y tuvo que fabricar una extensión con un hilo.

La estación de vigilancia no tiene agua ni luz propia. En las noches la única claridad viene de dos postes de alumbrado público que producen un destello azul verdoso, de vapor de mercurio. Hoy, Ramón cenará una ración fría de arroz, carne y tajadas.

Los relevos ocurren a las cinco y a las diecisiete horas, cero minutos. Esa rutina castrense y robótica se ha repetido sin falta durante los últimos dos años. Antes de despedirse, el que se va se quita el traje, se peina, se enjuaga la cara con un trozo de jabón azul que esconde entre un ladrillo, y se cepilla los dientes con el agua que atesoran en viejas botellas de plástico que sirven como cantimploras. Comparten una lata de betún negro para lustrar las botas.

El que recibe turno, ocupa su puesto y desde las ventanillas, si es en la madrugada, ve el sol asomarse por los contornos de la tierra, dibujando el perfil de las montañas. Y en las tardes, lo ve fundirse en

el horizonte recto que forma la parte alta de un muro de ladrillo que cerca el lote.

Entonces transmiten sus reportes y sus chistes por un teléfono que los envía a un satélite que a su vez los rebota una milésima de segundo después. Dicen, por ejemplo, “Central-de-5”, y desde otro lugar remoto una voz semiecualizada responde: “5-de-Central”. Después dicen cosas como “862” para descansar, “861” para decir no, “860” para decir sí. “R” para entendido. Entre un código y otro hay baches de silencio... tormentas de estática electromagnética. Con ese arrullo de ruido blanco vuelven a flotar en la inmensidad diminuta de su soledad, riesgo existencial de su oficio. Arriba hay una bóveda de estrellas, abajo ellos, a 2600 metros de altura. “Quedamos-QSL”, dice Ramón. “Cambio-y-fuera”.



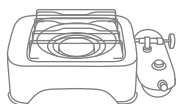




3 m²

El caracol

FOTOS: MIGUEL WINOGRAD



Área: 3 m²

Localidad: **Usaquén**

Barrio: **Torca I**

Número de habitantes: 1

Si alguien se acerca a su casa, una vieja carreta de madera, él lo recibe con una mirada escrutadora. Tres perros guardianes se lanzan a morder, pero los devuelve a su sitio el tirón de una cadena que los mantiene atados a una de las ruedas. Otro, amarrado a un palo, muestra los dientes y ladra. “Yo no estoy para nada de eso. Hágamen el favor y se van ya”, escupe con desprecio. Si uno insiste, el hombre adopta el ademán de los perros, se eriza y replica que no tiene nada que contar, que no le gusta que le hagan preguntas sobre su vida y dirá, dando la espalda, algo sobre la Biblia y sobre los que mueren por saber. Y si aun así uno se queda allí parado, intentando no dejar caer la conversación, el hombre vuelve para explicar que lo único que puede ofrecer es esto, y de un escondrijo saca un tubo viejo de hierro del tamaño de un bate. Quien sigue ahí de pie puede entender, ahora sí, que ha llegado la hora de irse.

“Él ha pasado por mucho, le han hecho muchas cosas”, interviene una mujer que lo acompaña y a quien el hombre ha ordenado hacerse

a un lado y subir a la carreta. Ella obedece, dócil, aunque se nota que le gusta conversar. Tiene acento venezolano, el pelo corto y se expresa con locuacidad y elegancia.

Si quien se acercó intenta su último lance y propone que se tomen una gaseosa que ha traído, pareciera como si una brisa repentina disipara una nube gris, amenazante, que se hubiera ido posando antes sobre esa casa. “Pregunte a ver: a mí me enseñaron a echar bala, no a hablar”, exige.

El hombre —no le gusta decir su nombre— saca vasos plásticos de un balde amarillo de pintura que le sirve de alacena y de nevera. Luego acomoda sobre la tapa del balde una cobija húmeda e invita a tomar asiento.

Su casa es un *collage* móvil que él mismo fabricó con tablas, dos llantas viejas de un carro y un espejo retrovisor. Él la llama “la Nave”, aunque parece más un enorme ataúd rodante. Cuando pone a trabajar su Nave, sale en las noches a tirarla por las calles de la ciudad como una bestia de carga. Recoge papel y hierro que luego vende en los depósitos de reciclaje de la calle 185. Cuando la carreta vuelve a ser casa, una cortina verde hace de puerta. Adentro, un hoyo oscuro de cobijas; la madriguera de un hombre solo e iracundo que trabaja en la noche y descansa en el día, como las comadreas. Pese al duro invierno de estos días, dice que no tiene goteras; la cubierta está rematada con plástico y los costados con láminas de triplex gastadas por el sol. Sobre el piso de tierra ha dispuesto viejos tapetes de carro.

Entre el lodo se ve el zapato de un bebé. “El maestro dice que si uno tuerce la pata, cae en el hueco”, comenta. A veces dice cosas que solo entiende él.

La carreta, además de casa y herramienta de trabajo, es un museo itinerante de pequeñeces personales, de artefactos recuperados, de pedazos de cosas. Quizás le evocan recuerdos o están ahí sin necesidad de una buena razón. Un pedal, una serpiente de plástico, un juego de coca en baquelita, un anuncio que dice “No tomar fotografías”, el banderín de una motocicleta, láminas con aviones de combate, un Winnie-the-Pooh de hule cubierto de hollín. En la Nave viaja con él, amarrada de una pata, una paloma que rescató. Como el dueño, el animal es arisco y embiste a picotazos.

“Yo volé en uno de esos”, dice mientras muestra la postal desteñida de un avión Hércules en vuelo. El hombre, cuenta, fue soldado regular y estuvo combatiendo a la guerrilla en La Palma y Yacopí. Pero las heridas se las ganó después, en la lucha de vivir en la calle. Dice que lo han golpeado, que lo han apuñaleado, que le han disparado. A sus cuarenta y seis años, su rostro es moreno y adusto con unos ojos sanguinos y cansados. Sólo a veces se le ablanda el gesto, como cuando la paloma irritada lo picotea y le saca una risa mueca, de niño.

“Un camión me voló los dientes”, cuenta y se frota la mandíbula hundida, como si se estuviera afeitando con la palma de una mano nudosa y unas uñas reteñidas por el mugre. Creció en el campo y de niño arriaba bueyes y ovejas en El Cocuy, Boyacá. ¿Tiene contacto con su familia? “No. ¿Eso pa’qué?”, dice, y explica que anda solo desde los cinco años, pues sus padres no lo podían sostener.

El hombre habita a la orilla de la autopista Norte, que conecta a Bogotá con la sabana. Se instaló en una franja de pasto entre el asfalto de la vía y un caño de agua que marca el límite de los predios del



cementerio Jardines de Paz. Su casa está al filo de dos paisajes opuestos: a un lado, el silencio inmaculado del camposanto con sus flores y céspedes bien podados y, al otro, el agite de la vida con el tráfico incesante de carros, camiones, tractomulas y buses intermunicipales que circulan sin descanso. Vive en el filo de un terreno ambiguo, una franja de ciudad que nadie reclama, un intervalo invisible entre un predio privado y la vía pública. A veces pasan transeúntes, los perros ladran, pero la gente sigue de largo, sin mirar, como si allí no hubiera nada ni nadie, tan solo el mismo pasto alto que flanquea la autopista por varios kilómetros más.

“Aquí molestan más los vivos que los muertos”, cuenta el hombre, que sabe que en cualquier momento puede ser desalojado por la Policía. “Los difuntos, en cambio, no dicen nada”. La mujer cuenta que en las madrugadas ven pasar a las brujas que vienen a recoger tierra de las tumbas para sus hechizos. Ella no parece inconforme con su nueva vida. Dice que andan juntos hace dos años. “Lo conocí caminando”. También suelta que tiene un hijo de doce años que está en manos del Bienestar Familiar. Se lo quitaron por un pleito con el papá.

Desde la carreta, el hombre ha ido expandiendo su efímero campamento. Entre los pastizales emergen pedazos de sillas, tanques de plástico, tablas, herrumbre. Un parasol azul protege una estufa de gasolina de un fogón y un armazón de tablas donde cocina arroz. Hay un triciclo para las faenas cortas de reciclaje y un pequeño socavón. Allí duerme uno de los dos gatos negros, entre palas, picas y una carretilla. El otro se apoderó de una vieja nevera de icopor.

Los animales parecen ser la única compañía de la que no desconfía. Están los perros guardianes —Godzilla, Guardián y Mona—, los gatos, la paloma y libres, picoteando entre el polvo, tres gallinas y un gallo.

Su más reciente invitada es una torcaza desplumada y aterida que un bus atropelló. Los gatos la miran con deseo mientras él, intentando salvarla de sus heridas, por entre las rejas de una jaula oxidada le lanza granitos blandos de arroz.







8 m²

La Estrella Blanca

FOTOS: NADÈGE MAZARS



Área: 8 m²

Localidad: **Usaquén**

Barrio: **Usaquén**

Número de habitantes: 1

Nadie sabe que estoy aquí. Cuando inicié mi viaje lo abandoné todo, pero le dejé cuatro empresas a mi esposa y mi hijo. ¿Que si nos separamos? Te respondo así: yo me fui de aquella vida y vine a esta otra vida. Me fui desligando de absolutamente todo, bienes y personas. Tenía la necesidad de hacer un viaje por cada uno de los países de América, de caminarlos todos. Llegué a Colombia porque es un país de América, simplemente. Tan pronto me recupere de mi cadera continuo automáticamente mi viaje hacia lo que me falta: Canadá y Alaska.

A mi hijo, a mi esposa y a todos los demás los sigo viendo como si tuvieran la misma edad que tenían cuando los vi por última vez. Han pasado treinta años desde que inicié mi viaje, pero para mí, en el recuerdo que conservo, siguen siendo las personas que despedí el último día. Sé que no debo retomar el contacto con nadie, no debo buscarlos ni que ellos sepan de mí, sino vivir la vida que yo mismo determiné. No siento nostalgia. Te digo: si tú quieres a una persona, dale el privilegio de la libertad.

Llegué a Bogotá en una fecha premonitoria: el ocho del ocho del ochenta y ocho. A donde llego, me siento en mi casa. Me escribía con muchísima gente, pero hace tiempo que he dejado de hacerlo. En mi habitación tengo bolsas llenas de cartas. Debo tener más o menos tres millones de amigos en todo el continente. Ya no recibo correspondencia porque nadie sabe dónde estoy; hace treinta años nadie sabe de mí. Me aparté de todo y vine a vivir mi vida y lo que yo quería ser.

Nací en 1928 en Córdoba, Argentina, y mido 1,82 metros. Dicen que mis manos son grandes y a ti te parecen de basquetbolista, pero pueden ser de muchas cosas; soy diseñador de modas, soy joyero, soy relojero y domino todo lo relacionado con el cuero, zapatos, vestimentas.

Es simple, la gente viene a morir a esta casa en la que estoy. Aquí vivimos ochenta o noventa personas, casi todos viejos. También hay gente joven, pero están acá porque parecen viejos. Entonces yo, respetando a todo el mundo, me aparto totalmente de la gente de acá. No me comunico, no me relaciono con nadie. Estoy aquí por una necesidad de recuperación. No pago un peso, por nada. No tengo la atención adecuada, pero no puedo hablar de eso porque generaría una incomodidad con la gente de aquí, ¿me entiendes? Hablemos de otra cosa.

De esta casa los lugares que más me gustan son los lugares donde puedo estar conmigo mismo. Tomo el desayuno solo, aunque siempre hay mucha gente alrededor, y vengo a este rincón a leer. No me gustan las novelas o los cuentos. He leído tanto que seguir leyendo cosas

intrascendentes no me motiva. Tomo el refrigerio, que es a las diez y media, y me dedico a lo mío.

Mi habitación tú la conoces: lamentablemente no reúne las mínimas cosas que necesito. Las he pedido a las enfermeras hace meses y no me las aprueban. Puntualmente necesito una buena luz para escribir y para leer. Pero estamos entrando al terreno de lo que tú necesitas, pero yo no te puedo dar. ¿Me entiendes tú?

Me gusta la música como me gusta toda cosa bien hecha. Tengo dos radios, pero nunca los uso. No hay nada que escuchar. Este es mi celular, pero no cargo minutos.

En 1976 me fui de vacaciones tres meses para desenchufarme. En esos noventa días tomé la decisión de no escuchar nada y que no se me transmitiera nada. Fue tan hermoso ese pasaje de mi vida que nunca más volví al sistema de vida anterior. No veo televisión desde 1976.

Antes de esta casa yo vivía en un apartamento en la carrera 11 con calle 61. Un día salí al *restaurant* al que iba a almorzar, y lo que sobraba lo recogía para la cena. Esa vez, simplemente me caí, me partí la cadera y como consecuencia de una atención vulgar estoy acá sentado. Me gustaría volver a mi casa, naturalmente, pero no me martirizo pensando en eso. Cuando me recupere volveré a la independencia.

El día en que me operaron de la cadera, una amiga que a veces me visita me dice: “Alguien está aquí para verte”, y ¿sabes quién era? Mi hijo. Fue en el 2013 y yo hacía veintiocho años que no me veía con mi hijo, mi único hijo. Nunca pregunté quién le había avisado ni por qué estaba aquí. No fue difícil despedirnos, sencillamente terminó la visita. Tampoco hablamos de mi decisión. Él volvió a su vida y yo a la mía. Desde entonces no nos hemos vuelto a ver. Como niño que soy, vuelvo a Córdoba una vez termine de vivir lo que estoy viviendo.



No me siento solo, te digo. Tengo tanto, tantas vivencias, tantas inquietudes, tantas creaciones que me ocuparían diez veces el tiempo que tengo. No me sobra tiempo para aburrirme. Leo los periódicos gratuitos, escribo, y ahora me gusta ver la película que hicieron de las Estrellas Blancas, el equipo de baloncesto que yo hice en Córdoba, en el año 59. Me traen en la silla, me ponen frente al televisor y miro la película. No me cansa. Las Estrellas Blancas es una institución. Ayudó a muchos muchachos sin rumbo, entre ellos a dos huérfanos. Lo valioso de ese equipo no fue su capacidad de juego, sino haber convertido a un núcleo de personas en la perfección de la vida. Hoy, después de cincuenta y cinco años son como hermanos.

¿Cuál es la perfección de la vida? Me da risa tu pregunta. La perfección de la vida es ser auténticamente normal. Dios creó al ser humano en la perfección; cuando lo mandó a la vida, perdió el



rumbo. Tú eres perfecto y no lo practicas. ¿Me entiendes? Desnúdate frente al gran espejo que es la vida y obsérvala. La vida es hermosa. La vida es perfecta. Engárzate a ella y disfrútala.

Yo la disfruto y por eso estoy escribiendo varias obras. “La historia universal del siglo *xxi*” es una. La otra es “Mi viaje sin tiempo por mi país, América”. En mi habitación tengo más o menos unas quinientas carpetas, suponte. Allí están algunas ideas, ya desarrolladas, como “El parque de la paz”, “La ciudad de los sueños realizables”, “Las autopistas”...

Fíjate, en esta carpeta que llevo conmigo, por ejemplo, tengo una foto de mis padres. Si el mundo tuviese los padres que yo tuve, qué diferente sería este lugar. Mi padre es italiano y mi madre es hija de italianos. Los recuerdo por sus valores. Eran perfectos: humildes, patrimonio de los seres grandes de verdad.

¿Tristeza? Los problemas no existen. El ser humano está capacitado para resolver absolutamente todo lo que le plantea la vida. En sesenta años nunca visité un médico porque me encuentro perfectamente bien de salud. No es un capricho. Simplemente no siento dolor. Si tú ignoras algo, ¿lo vas a sentir? Evidentemente que no. Prácticalo y verás. Aquí estamos, en este patio abierto, hace viento y por eso caen estas hojas. Va a llover. Bienvenida sea la naturaleza. Acá no siento ni frío ni calor. Para mí es una primavera permanente. ¿Me dices que sentir es parte de ser humano? El hombre vive equivocado: Dios lo mandó a disfrutar la vida perfecta y él vive peleando con la vida toda la vida. ¿Entiendes? Yo lo practico con toda naturalidad y no pretendo enseñarte nada.

¿Quieres saber quién era yo antes de emprender mi viaje? Bueno, entonces yo te pregunto: ¿Tienes un mes para escucharme? Si vamos a tocar un tema, agotémoslo, pero me salpicas con preguntas de una cosa y otra. Si no tienes tiempo, no hables conmigo. O dispón del tiempo: vienes una tarde a las dos, que es la hora de las visitas, y tenemos hasta las cuatro, que es la hora de la cena. Y te sugiero que traigas en un escrito todas las preguntas. Veo que no traes preguntas. Y eso es como un sistema de vida en el que en el fondo nada nos interesa. ¿Me entiendes tú? En dos minutos nos hemos olvidado de todo. Y yo vivo una vida diferente; el arte de vivir una vida superior, como se llama una de las obras que estoy escribiendo. ¿Entiendes? Por eso mi obra, mi viaje sin tiempo.

Tal vez no nos volvamos a ver. Tal vez, si vuelves, yo ya me haya recuperado y siga mi ruta, mi viaje.

